

Distancia cero

Susana Szwarc



DLG

DESDE LA GENTE

Título: **Distancia cero**
Selección: **Susana Szwarc**

Primera edición

Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos C. L.
Corrientes 1543 (C1042AAB) Buenos Aires – Argentina
www.imfc.coop

Director Editorial: **Javier Marín**
Diseño: **Clara Batista**
Arte de tapa: **Ernesto Pereyra**

© 2020– Desde la Gente – Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos C. L.

Hecho el depósito Ley 11.723
Libro de edición argentina

Szwarc, Susana
Distancia cero / Susana Szwarc. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Desde la Gente, 2020.
116 p. ; 20 x 14 cm.
ISBN 978-950-860-314-2
1. Narrativa Argentina. 2. Microficción. I. Título.
CDD A863

Las imaginaciones de Susana Szwarc

Fernando Valls

Nacida en Quitilipi, provincia de Chaco (Argentina), nuestra autora, con este nuevo libro, se incorpora a los cada vez más numerosos cultivadores del microrrelato, aunque antes hubiera dado anticipos en publicaciones periódicas. Así, pasa a formar parte de una fértil tradición que se ha ido gestando en la literatura hispanoamericana, y más en concreto en la argentina, que cuenta con grandes cultivadores y estudiosos. Entre los primeros, tenemos muy presente a Macedonio Fernández, Borges y Bioy Casares, quienes en sus *Cuentos breves y extraordinarios* (1955) llamaron la atención sobre las posibilidades literarias de las formas narrativas breves, Julio Cortázar, Enrique Anderson Imbert, cuyas clases siguió nuestra autora en Buenos Aires, Marco Denevi, Luisa Valenzuela, Eugenio Mandrini, Raúl Brasca o Ana María Shua. Y entre los estudiosos, además de los citados Anderson Imbert y Brasca, es necesario recordar a David Lagmanovich, también destacado autor de microrrelatos, y a los miembros de la escuela creada en Neuquén por su discípula, ahora ya maestra, Laura Pollastri, Gabriela Espinosa, a quienes debemos sumar a Graciela Tomassini, Stella Maris Colombo y Guillermo Siles, por solo citar unos pocos nombres relevantes.

Esa rica y diversa estirpe es la que continúa Susana Szwarc, que hasta ahora había publicado libros de poesía, teatro, novelas cortas y cuentos. Del gusto por el lirismo, el diálogo, la precisión y la concisión quedan rasgos evidentes en estos nuevos textos en los que la elipsis se lleva al extremo, como marca de género, valiéndose, además, de los juegos con el lenguaje, según ocurre al final de “Nadie tiene la culpa”, y la puesta de manifiesto del sonido (véase el ritmo de tantán de “Situación”, con su *silencio* final), en la fértil tradición de las vanguardias y el OULIPO. Uno de sus miembros, Perec, con su célebre y muy remedado *Je me souviens* (*Me acuerdo*), está en el origen de “Un mapa, por favor”. Pero estos microrrelatos poseen, asimismo, una singular estructura; utilizan algunos de los motivos habituales de lo fantástico, como son los umbrales, el espejo, las realidades paralelas (“Grumos”), la sombra o el sueño de estirpe surrealista que aparece en “Vueltas”; sin que falte lo macabro, en “La vidriera”, o las relecturas de clásicos, como Ana Karenina (“Desamparos”) o el Génesis, en un texto que lleva ese mismo título. Nos llama la atención también la ausencia, a veces, de la concatenación o de la relación causa efecto, así como la utilización heterodoxa del título, probablemente un eco de su poesía, junto con los comienzos y finales, que pueden llegar a ser absurdos, como en “En el abismo”.

Susana Szwarc me confiesa que entre sus autores de microrrelatos preferidos se encuentra Kafka, no en vano ella también se vale de las transformaciones, como ocurre

en “Noche ala”. Se trata de un escritor muy apreciado por los cultivadores del microrrelato, recuérdese, por ejemplo, las certeras y lúdicas variaciones que el hispanomexicano José de la Colina, en *Yo también soy Sherezade* (2016), compuso sobre *La metamorfosis*, o el libro homenaje que le dedica la escritora chilena Lilian Elphick, titulado *K* (2014). También encontramos la huella del narrador centroeuropeo en otros microrrelatos suyos, como “Caminata”, donde se relata un encuentro en la Argentina profunda, en la plaza de Quitilipi¹, entre Samsa y el fantasma de Kafka, un personaje literario y el fantasma de su creador. En “Circular” los presos de Auschwitz, quienes apenas si pueden caminar y se mueren de hambre, al leer el mensaje de la entrada del campo, *Arbeit macht frei* (*El trabajo libera*, o como solemos traducir en España, más libremente, *El trabajo os hará libres*), se alegran de que Franz [Kafka], fallecido en 1924, se haya librado de semejante suplicio. Por su parte, “A Praga”, una de las piezas más experimentales del conjunto, podría leerse como un texto de Kafka, pasado por el OULIPO, Cortázar y el mexicano Óscar de la Borbolla. Mientras que en su propia lengua, Susana Szwarc prefie-

¹ Ecos de ese mundo rural al que llegaron los padres de la autora en 1949, tras haberse conocido en Buenos Aires poco antes, mientras huían de una Polonia invadida por los nazis “no en vano, sus abuelos paternos, judíos, habían sido asesinados probablemente en un campo de concentración”, pero también del campo y de sus omnipresentes vacas aparecen en microrrelatos como “En el abismo”, “Urgencia”, “Esa nube” y “Destierros”.

re los microrrelatos de Juan José Arreola, Max Aub y, por su humor, a Augusto Monterroso; y en la tradición meramente argentina, los ya citados Denevi, Anderson Imbert, Brasca, Valenzuela, Mandrini y Shua.

Sea como fuere, los cuentos de nuestra autora siempre fueron breves, contenidos, alrededor de las tres páginas, por lo que resulta natural que acabara puliéndolos y decantándose por el microrrelato, cuando la conciencia de la brevedad narrativa extrema se hizo más consciente entre los autores. Mientras que en su poesía ha tendido en cambio a lo narrativo, siendo más extensa de lo que ahora suele cultivarse.

Voy a detenerme a continuación, aunque sea brevemente, en algunos de sus microrrelatos que me parecen más notables, como “Tempo”, con el que se inicia el libro. Aquí, el narrador aparece en calidad de coprotagonista de la historia, si bien podría decirse que adopta la forma y la textura de un poema convencional que apunta a convertirse en microrrelato. Su tema es el paso del tiempo (el transcurrir del amanecer, el atardecer y la noche), entre la salida del sol y la aparición de la luna.

En “El metro”, un narrador también coprotagonista inicia sus andanzas en Tirso de Molina, una estación de metro de Madrid, para desembocar en Buenos Aires, en la estación de Callao, ambas funcionan como umbrales, llegando a componer un singular trío itinerante con un niño rumano y su madre. “Volátiles” está estrechamente relacionado con el titulado “La mancha”, y aunque sean textos independientes, se enriquecen entre sí. El caso es que de la contraposi-

ción entre el silencio y el decir, y de un calambur (Mariposa, Mari, Mari posa en la ventana) surge el microrrelato². Si en el primero se juega con la palabra *mariposa*, el segundo texto se cierra con dos incógnitas: ¿murió su madre, le tocó la lotería? Una relación semejante entablan, generando también otra serie, “Paisaje urbano” y “Modales”.

En el titulado “Estaciones”, la fascinación por la lectura de una madre hace que pierda la conciencia del paso del tiempo, hasta el punto de que al terminar el libro se da cuenta de que sus hijos han crecido, que incluso son ya mayores que ella. En “Contemplación” unas fotos que amplía y observa la protagonista acaban robándole la vida, vaciándose, tal y como creían en algunas tribus africanas que podía ocurrir. “Profundidad” es un toma y daca entre *él* y *ella*, la contraposición entre la *profundidad* que él exige y la *superficie* que ella aprecia. En “Brea” el protagonista no echa al fuego el *Ulises*, de Joyce, ni tampoco lo tira a la piscina, procedimientos usados por los escritores españoles Manuel Vázquez Montalbán y Francisco Umbral, respectivamente, en sus novelas, para deshacerse de libros que habían dejado de interesarles, o que ya no querían conservar, sino que permite que se moje, “como si fuera fuego el agua”.

² Existe un ejemplo memorable en la tradición clásica, pues se cuenta que Quevedo se apostó una cena con sus amigos comprometiéndose a llamarle coja en su cara a la reina Isabel de Borbón, la primera esposa de Felipe IV. El caso es que se presentó ante ella con dos ramos, uno de claveles y otros de rosas, y le dijo: “Entre el clavel y la rosa,/ su majestad escoja”.

En “Una muestra” contrastan las continuas prohibiciones de la vigilante de un museo con la libertad de la fotógrafa inglesa, Julia Margaret Cameron, quien expone su obra. En “Inspiración” la autora parece desmitificar semejante rapto creativo, en el que tanto creyeron los románticos. Y la “Canción de cuna”, que aparece casi al final del libro, se la dedica un personaje llamado Graciela nada menos que a Frankenstein. El volumen se cierra con “Traslación”, un microrrelato en el que cuando Emma se adormece, el libro que estaba leyendo le tiembla en las manos, revolviéndose los personajes con temor, y nos hemos limitado a parafrasear el texto.

Susana Szwarc ha llegado al microrrelato, a veces compuesto solo por una o dos líneas, procedente de la poesía y del cuento brevísimo, tras condensar sus elementos y mantener el lirismo y la narratividad, así como potenciando los juegos con el lenguaje para sacarle partido a algunos de los motivos habituales de lo fantástico. Es decir, cultivando la idea de que “la realidad muchas veces es así: irreal”, como se lee en “Blanco, blando, volador”. En suma, me atrevo a pronosticar que la autora ha recalado en el microrrelato para enriquecer una ya riquísima tradición que se alimenta de situaciones, personajes y un lenguaje que provienen de una estirpe de literatura culta, pero también de la propia vida en los pueblos del interior del país, como Quitilipi o, según le confiesa a Rolando Revagliatti en una entrevista, de un mundo en el que habitan “personajes siempre marginales, siempre en ‘la frontera’, sobrevivientes (lo que no

implica solo un ‘aire de tristeza’, sino la alegría de descubrir, de conocer y de estar viviendo –que también hay– en estas situaciones)”³. De esa hibridez, entre sus remotos orígenes judíos europeos, el cosmopolitismo de Buenos Aires, donde ella y su hermana llegaron con diez y doce años para estudiar, y el mundo del Chaco, con su propia mezcla de culturas y lenguas, los qoms, los wichis y los guaraníes, me parece que proviene la literatura de nuestra autora.

Berlín, 21 de febrero del 2020

³ Cf. la entrevista de Rolando Revagliati, el 31 de marzo del 2019 (<<https://www.todoliteratura.es/noticia/51122/entrevistas/susana-szwarc:-el-arte-esa-cosa-que-fue-sembrando-el-arte-de-la-humanidad.html>>). Por último, quiero darle las gracias a la autora que ha respondido con amabilidad a mis preguntas.

Tempo

Salió el sol.

Es de día y parece de día.

Nos sentamos sobre el mostrador, balanceamos las
piernas.

Atardece, la luna es blanca, después amarilla fuerte,
casi como la naranja que chupamos entre todos.

Se nota que es de noche.

Niños envueltos

Uno de los peores días de su vida fue cuando alguien la vio esconder del almacén de ramos generales –donde cada tanto se llevaba un chocolate, un chupetín, un choripán– una vida de los grandes hombres en historietas; esa vez había sido la vida de Charles Darwin.

Descubierta, tuvo que devolver la revista y no fue suficiente. Decí perdón. La palabra le parecía horrible aunque, aburrida después de un rato de: decí perdón decí perdón decí, la dijo y se fue todavía más hambrienta.

El metro

Estoy, ahora, en el metro de Tirso de Molina en Madrid. Escucho una música, la reconozco, busco el vagón. Sí, el niño rumano es el mismo, un poco más alto, y la mujer que lo acompaña –su mamá supongo– está más arrugada, las canas más grises. Comienzo a seguirlo, por momentos me confundo con la madre. El niño rumano no descansa nunca; temo perderlo porque salto rápido del vagón en una estación para ir al sanitario pero veo que la otra mujer también. El niño rumano, que no deja de tocar, nos espera en la puerta de un nuevo metro y seguimos así, digamos, bajo la tierra. Pasan los días, a veces algunos pasajeros nos dan galletas, chicles, caramelos y hasta gaseosas. No nos detenemos nunca, solo a veces, para tirarnos sobre un asiento completo cada uno. No somos solo los tres, hay otros. Con el movimiento del vagón nos despertamos.

Miro por la ventana, siempre andenes, paredes, carteles. De pronto reconozco una tonada, luego otra, hasta algunas facciones reconozco. Pregunto en qué estación estoy, Callao me dicen.

Subamos un momento, les digo al niño rumano y a su madre con una voz que me sorprende, cansadísima y

autoritaria a la vez. En la calle parezco ser la única sorprendida: estamos en una esquina de Buenos Aires. Entramos al primer bar.

Miro con admiración al niño rumano que, ahora sí, deja su acordeón sobre una silla y pide un café con leche. Ha dado, otra vez, su vuelta al mundo.

Mejor que sobre...

Tenemos montones de sombreros. Nos faltan cabezas.

Volátiles

Había llegado antes a sesión, preocupada. Casi sin saludar me tiré al diván. Una palabra me perseguía: mariposa. Decía que si se busca en las alas de la mariposa un número y se juega a la lotería, se gana. Silencio.

Decía que la palabra mariposa es cursi, ¿cómo usarla en algún texto? Decía que la mariposa siempre tiene algo de siniestro. Silencio.

Decía Mari y ella ¿qué?

Mari posa en la ventana, me da la mano y volamos las dos.